



LA
NOCHE
ESTRELLADA

JACK HILL

Contenido

Parte I

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Parte II

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Epílogo](#)

Parte I

Prólogo

En la novena noche de encierro soñó que se tomaba un delicioso helado de vainilla. Se vio a sí misma paseando por el centro comercial acompañada de una vieja amiga. Ambas reían. De pronto, una sensación extraña atravesó su cuerpo; una sensación a la vez de ligereza y de dominio de sí misma. Como si ella fuera el centro del mundo y todos la observaran caminando frente a los escaparates. Pronto sintió un arrebató de ansiedad. Necesitaba caminar con urgencia, sin importar el destino. Solo escapar del centro comercial para sentir que avanzaba hacia algún sitio. Pisar la acera, oler la mañana y dejar atrás la oscuridad.

Ivonne se despertó abrumada por el silencio. En la casa no se oía ni el vuelo de una mosca. Ni siquiera el ronroneo de la nevera del piso de abajo. Al moverse, el pesado e infernal ruido de la cadena le recordó el tormento. A través de los resquicios de los tablones que tapaban la ventana, se colaban finos hilos de luz de luna. Apenas era suficiente para obtener una visión superficial de la celda, pero dadas las circunstancias tampoco hubiera sido justo mostrarse quejumbrosa. Llevaba varios días sin ducharse y se sentía sucia y exhausta. También humillada pero aún al-

bergaba la llama de la esperanza. No había venido de tan lejos para rendirse a las primeras de cambio.

Estaba tumbada sobre un colchón duro como una piedra, cubierto por una sábana blanca de algodón llena de manchas. La almohada era mullida, también revestida con una funda del mismo color, a juego, como un detalle irónico. No había nada más en la habitación, ni un mueble, ni un cuadro, ni ropa, solo una negra y densa oscuridad.

Como siempre volvió a examinar la argolla metálica que sujetaba la cadena. Más que sujeta al suelo, parecía soldada, imposible de destruir con solo la débil presión de las manos o de los pies. Lo había intentado los primeros días, pero solo se había granjeado el escarnio de su captor. Lo único que se le había ocurrido era, en un descuido, rodearlo con sus cadenas y asfixiarlo sin piedad. Le costaba recordarlo, pero estaba casi convencida de que ya había soñado cómo lo asesinaba.

Aguantó la respiración y volvió a aguzar el oído. Debía asegurarse de que no la visitaría mientras escribía la nota. A veces a William le gustaba entrar por sorpresa para comprobar que ella no tramaba fugarse. Ocurría de madrugada o durante el día. Sin un patrón establecido.

De su ropa interior extrajo un lápiz con la punta afilada. Era minúsculo, aunque suficiente para escribir. Lo había encontrado en el cubo de la basura, entre los restos de la cena. Y se había apoderado de él, a pesar de que William no se encontraba muy lejos, en el salón. De hecho, cerró los ojos y se le aceleró el pulso durante unos segundos pensando que se abalanzaría sobre ella para arrebárselo. Pero, por suerte, todo permaneció sin alteraciones. Gracias al tamaño del lápiz lo mantuvo oculto en su puño, sin levantar sospechas hasta que se lo guardó en su ropa interior.

Desde el primer día, llevaba esperando el momento de abastecerse con los materiales necesarios para lanzar su mensaje de esperanza. Ella ya había conseguido guardarse un trozo de papel higiénico, aunque consideró que el tejido era demasiado blando para su propósito. Así que no

vio cómo se iniciaba su plan hasta que se apoderó de un arrugado ticket de supermercado. Por detrás estaba impreso el logo de la franquicia, una serie de círculos rojos, abstractos y carente de atractivo, pero por delante, al descubrir una región en blanco, se le iluminó la mirada. A pesar de que la mayor parte estaba impreso con fechas, números y los artículos, el espacio sobrante era más que suficiente para escribir.

Con la ayuda de la exigua luz de la luna comenzó a escribir apoyando el ticket sobre la palma de la mano. Su corazón palpitaba con fuerza. Con buen criterio decidió que usaría mayúsculas para que su letra fuera inteligible. Se detuvo unos instantes para meditar el contenido de su mensaje. Buscaba expresar lo máximo posible usando el menor número de palabras. No obstante, la primera era evidente: «Auxilio». Después pensó que sería bueno escribir su nombre. De esa forma su potencial lector consideraría seria su desesperada petición de ayuda. A continuación explicaría que se encontraba encerrada en esa casa. Por último, una llamada invitando a la acción —como dirían los expertos de marketing—. Es decir, un «avise a la policía», por ejemplo.

Una vez que consiguió definir su mensaje, cambió de postura. A pesar de que era más incómodo, se dio cuenta de que era mejor escribir apoyada sobre el suelo. Con el movimiento sintió las férreas correas de cuero apretando las muñecas. Le dolían. Pero no era el momento para lamentaciones.

Después de escribir el mensaje, se desprendió de una de las gomas que servían para sujetar su melena castaña. Su idea era que el color fluorescente de la goma llamase la atención. De lo contrario un simple papel sobre el césped pasaría inadvertido para cualquiera. Dobló el papel a la largo y lo sujetó con la goma, dándole varias vueltas. Miró lo que tenía en la mano. Era el mensaje de un naufrago en la botella, solo que una versión moderna.

Se levantó y se dirigió a la ventana acompañada por el tintineo de la cadena. Buscó la esquina inferior izquierda

donde el marco de la ventana había dejado un resquicio diminuto. Una vez que el papel cruzase el umbral solo quedaría esperar el milagro. Pensó que sería útil rezar pero la ayuda divina desconfiaría de su repentina creencia religiosa. Lo descartó.

Le entraron dudas de si la frase era apropiada. Quizá daría con otra mejor. Era su única oportunidad y no quería estropearla. ¿Y si William interceptaba el mensaje? ¿Cuáles serían las consecuencias para ella?, se preguntó. No, no podía dejarse amedrentar. Debía intentarlo. ¿Y si pensaban quienes encontraran el mensaje que era una chiquillada?

Temía que en cuanto introdujera el mensaje por el resquicio y cayera al suelo, se acordaría de añadir algo más. Se mordió el labio, pensativa. Paseó la mirada por el techo, buscando una respuesta por las vigas de madera envueltas en sombras. Se obligó a pensar en algo a toda velocidad. Alzó las cejas cuando dio con la respuesta, aunque no las tenía todas consigo.

Conteniendo la respiración, y sujetando las cadenas para no arrastrarlas por el suelo, retrocedió hasta el borde del colchón. Recuperó el lápiz minúsculo. Sin pensarlo dos veces, cerró los ojos y se clavó la punta en sus muñecas entumecidas. Una exclamación de dolor pugnó por salir de la garganta, pero se obligó a enmudecer.

Cuando abrió los ojos, durante unos segundos, le costó fijar la visión a causa de las lágrimas. Le escocían los ojos por la sal. Cuanto más parpadeaba más se extendía el escozor.

A continuación, una vez recuperada, cogió el ticket y lo manchó con la sangre.

Miró por última vez el papel. Y lo deslizó por el resquicio de la ventana con el corazón encogido. Ya no había vuelta atrás. Se imaginó cómo caía hasta el césped en mitad del silencio de la noche. Quedaba en reposo. A la espera de una mano amiga que le hiciera cobrar sentido a todo su desesperado esfuerzo.

Entonces oyó los pasos decididos de William. La puerta se abrió de golpe con un chirrido de los goznes.

Capítulo 1

Es una situación desconcertante estar de pie frente a tu propia tumba. Sebastian se encontraba en el cementerio de Arlington en una mañana soleada de enero. Su nombre y apellidos, así como la fecha de nacimiento y de defunción estaban esculpidos en la lápida con solemnidad. Como una verdad irrefutable.

Sin embargo, él se encontraba de pie con las manos entrelazadas sobre el vientre. Analizando sus emociones, dudando de si a partir de la fecha de defunción pasó a ser considerado un fantasma. Si no lo era porque él respiraba, caminaba y sentía su pensamiento fluir en el cementerio, entonces ¿quién era él ahora? ¿y quién había sido Sebastian Daguerre?

Ignoraba si bajo el cuidado y refulgente césped se encontraba un cadáver en el ataúd. Posiblemente sí, ya que si no sería más sencillo destapar la mentira para cualquiera que se viese impelido a conocer la verdad de lo ocurrido. Pero Sebastian dudaba de que alguien buscara respuestas a su desaparición. Además, ¿cuál era la verdad? Depende a quién preguntasen.

Su estómago gruñó. Llevaba un día sin meterse algo sólido entre pecho y espalda. Aunque esa no era la peor

noticia. Su aspecto era el de un mendigo: barba descuidada, ropaje raído, y envuelto en un olor nauseabundo. Las uñas estaban negras y sus dedos jaspeados con manchas pegajosas. En realidad, sería más preciso que se trataba de un mendigo. Un mendigo anónimo.

Le resultaba gracioso recordar su aspecto grueso, de cien kilos cuando trabajaba en la DIA. Paseaba su aspecto de paquidermo por los pasillos y las calles, ufano y satisfecho consigo mismo cazando al villano de turno. Después, ocurrió el asesinato de Sam Darden. Por la espalda.

Echó un vistazo a su vecino de tumba. Se trataba de su madre. Y pensó una estupidez: que al menos no estaría solo. Madre e hijo enterrados compartiendo las mismas raíces, las mismas lombrices, los mismos minerales... Ambos compartiendo la sombra de un viejo roble de ramas poderosas. En cierta forma, era poético y eso le agradaba.

Miró a su alrededor. Era un día apacible en el cementerio. A lo lejos el aspersor humedecía la hierba y las lápidas, y los árboles. El sol y unos bancos de madera ayudaban a crear un ambiente distinguido. Incluso apetecía a desplegar una manta sobre el césped y celebrar un picnic entre las lápidas.

Sebastian miró el sol con objeto de calcular la hora. Ya debía ser mediodía. Se despidió de los muertos y se marchó a Washington cruzando el puente a un ritmo pausado.

La vida que se le extendía ante él era una incógnita. Lo único que deseaba con rotundidad era acostarse con Lili o Lilian, su prostituta favorita. Aquella que siempre rechazaba prolongar su tiempo con él. En su bolsillo le quedaban, entre billetes y calderilla, los últimos cien dólares destinados a hundirse en el cálido y perfumado cuerpo de Lili o Lilian. Esbozó una sonrisa al imaginarse lo que se avecinaba; sus dedos surcando el cuerpo voluptuoso, sus piernas enredadas con las suyas, y el disfrute de ella tomando el control de la situación.

Al llegar al Lincoln Memorial tomó asiento en las escalinatas, pegado a la pasarela de hormigón. Era uno de

sus sitios favoritos. No solo porque le gustaba observar a los turistas, sino porque solía acercarse a un grupo de mujeres y preguntarles con exquisita educación si les sobraba algo de comida. La mayoría le ofrecía un bocadillo, galletas o fruta. Suficiente para saciarse durante un largo rato. Eso sí, procuraba perderse de vista cuando la policía deambulaba en busca de algo subversivo. Carecía de documentación, así que las consecuencias, de ser retenido, serían funestas para sus intereses.

Por la tarde se fue al centro en busca de cabinas públicas. Al disponer de tiempo considerable, fue buscando en la caja del cambio hasta que después de una hora encontró unas monedas. No deseaba gastar más de lo necesario en la llamada, por eso prefirió mantener intactos sus cien dólares. Marcó el número de memoria. Afuera el tráfico era fluido en la avenida Pennsylvania y las terrazas de los bares estaban animadas pese al frío. Los ciudadanos de Washington encaraban el inicio de año con la animosidad acostumbrada. Al tercer timbre la voz sugerente descolgó.

—¿Estás libre esta tarde? —preguntó Sebastian con brusquedad.

—¿Quién eres? —respondió imprimiendo un tono áspero.

—El que siempre te pide que te quedes —dijo sin importarle lo humillante que parecía.

—¿Quién?.. Ah, sí —dijo sin un énfasis especial—. Esta tarde no puedo.

—¿Mañana a esta misma hora?

Se formó un silencio en el que se oyó el sonido de las teclas. Ella consultaba su agenda como si de una ejecutiva se tratase.

—De acuerdo —dijo al fin.

—Pero esta vez no será en el hotel. Necesito que sea en otro sitio —dijo Sebastian pensando en el apartamento de ella.

—En la calle I North West, número 151. Al lado del Walmart. Apartamento 23C.

—Está bien —dijo memorizando la dirección—. Allí estaré.

Sebastian colgó y salió de la cabina. Quedaba poco para atardecer. Decidió que era el momento de acudir a un albergue, en busca de un piojoso camastro para dormir. El favorito de Sebastian era uno que pertenecía a «Alianza para los sin techo». Estaba situado en la avenida Massachusetts.

Era un edificio compacto de arquitectura austera, de ladrillos rojos y melancólicos ventanales. Su apariencia era como la de cualquier otro edificio de apartamentos. La boca se le hizo agua al imaginarse hincando el diente a un trozo de carne con puré de patatas, su plato favorito.

Por la entrada brotaba una larga fila de mendigos; sus caras eran la honda expresión del abandono y el deterioro. A algunos les faltaban dientes, otros tenían la mirada perdida, y uno estaba enseñando la raja del trasero. Con resignación, Sebastian se colocó el último.

Al poco sintió una presencia a su espalda, pero no dijo nada.

—¿Has sentido el temblor? —preguntó una voz atiplada.

Sebastian se giró para descubrir a un hombre unos diez años menor que él, de raza afroamericana, de mirada distraída y sonrisa frágil. Estaba pulcramente afeitado, y por eso la rojez de sus mejillas resaltaba como un orangután en una banda de músicos. Su aliento era una mezcla peligrosa de alcohol y frijoles.

—¿Qué temblor?

—Seis en la escala de Richter, mi cama se movía como si fuera una cama de agua —dijo el hombre alzando las cejas en una extraña expresión.

—¿Dónde vive usted?

—En casa de un primo, pero me echó esta mañana. Iba retrasado unos cuantos meses de alquiler, pero claro, si no me paga el hospital.

—¿Es usted cirujano? —preguntó Sebastian con malicia.

—Mucho mejor, abogado. Bueno, lo era hasta que pasó lo que pasó —dijo limpiándose con las manos las solapas de su raído traje de pana.

Sebastian lo examinó de arriba a abajo procurando no juzgarle. Sufría de un exceso de hambre para permitirse ese lujo.

—No, no he sentido ningún temblor —dijo Sebastian.

—Es una experiencia que le recomiendo. Le ayuda a ver la vida desde otra perspectiva.

—La perspectiva que yo entiendo se reduce a un buen filete cancerígeno acompañado de un sabroso puré de patatas. No sé si me entiende...

La cola iba avanzando poco a poco. Un mendigo con aspecto de loco intentó colarse, pero fue frenado por el guardia de seguridad. Corrían buenos vientos para la justicia.

—Por supuesto, —dijo el abogado—. ¿Qué le parece si nos cubrimos la espalda el uno al otro?

—¿Cómo dice? —preguntó Sebastian frunciendo el entrecejo.

—Ahí dentro necesitaré ayuda mientras me ducho, y mientras duermo. Podemos establecer turnos de vigilancia, ¿qué le parece?

—No será necesario, amigo. Soy un huésped habitual desde hace dos meses y nunca he tenido que desenfundar mi arma.

Con cierta discreción, Sebastian metió la mano en el bolsillo interior del abrigo. Enseñó la culata de su Beretta de 9 mm. El abogado hizo un gesto con la boca que Sebastian no supo interpretar si era de admiración o de condescendencia. En realidad, era lo de menos. Lo único que deseaba era saciar su apetito.

Capítulo 2

El apartamento de Lili o Lilian se ubicaba en la calle I North West, una angosta pero larga calle situada a unos cuarenta minutos del centro. El número 151 era un edificio grande y ancho, de aspecto de clase media-baja, con rastros de humedad en la fachada color ocre. Las ventanas eran simples agujeros rectangulares, sin ningún tipo de acabado. En frente se extendía un modesto parque de toboganes y columpios, que se veía en desuso. No había nada en el barrio que invitara a esbozar una sonrisa.

Sebastian buscó el número del apartamento en el portero automático. Presionó el botón y adoptó una actitud de espera. Alrededor del edificio se erguía una reja de unos dos metros de altura. A su espalda divisó el Walmart: la gente entraba y salía. Más allá se observaban edificios del mismo estilo de vivienda funcional. No figuraban dentro de ninguna guía turística. Quizá si el ayuntamiento hubiera decidido plantar algún árbol aquí y allá, pensó Sebastian. De pronto le llegó un fuerte aroma a comida india que parecía provenir de todas las partes. Por suerte, el almuerzo en el albergue mantenía su estómago ocupado hasta nuevo aviso. Miró al cielo de enero para observar cómo se